

## UN TIPO.

### BOSQUEJO... MERCANTIL.

#### I.

Si en alguna ocasion pasais entre nueve y media y diez de la mañana por la calle de..... vereis indudablemente al respetable D. Homobono Raiz-cúbica, primer cajero de una importante administracion que gira en esta plaza bajo la razon social de M.... S.... y Compañía.

Diferentes veces me lo he encontrado al dirigirse á su ocupacion, siempre invariable, con su paraguas bajo del brazo, su andar lento, y llevando grabado en su fisonomía ese no sé qué, del que tiene la plena conviccion de ser algo.

A la simple vista su mirada no revela ningun encontrado sentimiento; pero habládle de operaciones aritméticas y vereis brillar su pupila; su labio se enrojece y se siente con treinta años menos al defender con energía la causa de los *ceros*.

Nuestro héroe cuenta sesenta y cinco de edad y hace ya cuarenta que desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, se le halla en la misma casa, en idéntico sitio, impertérrito y orgulloso, manejando un enorme libro rayado, chapeado de metal, ostentándose en todas sus hojas con gruesos caractéres, las palabras *Debe y Haber*.

Cosa entretenida es verle engolfado en sus cálculos; dá alas á los números y juega con ellos, por decir así; bajo el dominio de su pluma de ave, (pues á las de acero les ha declarado guerra á muerte,) una sustraccion llega á interesar, y el cociente de una division proporciona tales emociones, como el desenlace de una novela de *Poson du Terrail*.

El Sr. Raiz-cúbica ignora lo que es un error, lo dice con orgullo y se halla dispuesto á probarlo, añadiendo que el tenedor ó cajero que lo comete se encuentra deshonrado.

Las cifras, -en fin, son su sola, su única pasión, y lo han llegado á dominar de tal modo, que desde hace siete años nadie le ha podido inclinar á que acepte su retiro, ni aun su mismo jefe gerente, que le aconseja el reposo, ni su segundo Antonio R....., siendo siempre el primero que se presenta á comenzar su tarea y el último que la abandona.

## II.

Cierto día le debió suceder algún grave acontecimiento, pues que no llegó á su escritorio sino á las diez y cinco minutos; ignoramos en que consistía tal tardanza, dada su exactitud cronométrica.

—Ah! le dijo su compañero R..... al verle entrar; hoy os habéis detenido alguna cosa, lo cual me hace sospechar que anoche vuestra conducta debió pecar de irregularidad.

—Amigo, contestó el viejo contador con un acento que hubiese envidiado el más flemático inglés; tengo 65 años, y me atrevo á decir, probándolo matemáticamente, que en tan largo período de tiempo, la regularidad ha sido siempre mi cualidad dominante, y si hoy.....

—Bah! ¡bah! ahora os venis escusando, le interrumpió su jovial compañero; todo lo que me diga no impedirá el que os hayais retardado y muy notablemente. ¡Cinco minutos! esto es más grave que una hora. En una hora puede haber un motivo fundado, en cinco minutos no lo hay, no puede, no debe haberlo.

D. Homobono se encojó de hombros y sin replicar á esta humorada de su colega, que siempre buscaba ocasión de zaherirle, efectuó sus preliminares metódicos, cuales eran colocar con cuidado su sombrero y paraguas, calarse un descolorido gorro verde, cubrirse las mangas con unas iden de percalina negra, é instalándose en su elevado asiento, dar comienzo á su trabajo con envidiables muestras de felicidad.

Hacia próximamente una hora que estaba nadando entre copiadores y demás libros auxiliares, cuando descansó un breve instante, después de sentar el total al pie de una suma considerable; instante que aprovechó el incorregible R..... para decirle:

—Mi respetable amigo, siento decirlo; me dá bastante pena, pero es un deber mio; hace tiempo observo andais algún tanto lento, y al trabajar se inclina demasiado su cuerpo.

—¿Y que me quieres decir con eso?

—Nada, que tal posición le puede perjudicar; además que me

he fijado en esa adicción que acabais de efectuar y me he convencido que ya no poseé aquella rapidez que en otro tiempo os dió renombre. Lleve cuidado, y recuerde aquellos versos que se pueden aplicar à los cajeros que decaen:

por la ligereza empiezan  
y por el error acaban.....

—Phs, no sabes lo que te dices, dijo algo amoscado el buen empleado; jamás he estado mas seguro de lo que hago como ahora.

—Sin duda será entonces una figuracion mia, ó efecto del calor: uno se ahoga en este recinto; el sol de Julio os alterará, ¿Quereis un helado? añadió el festivo Antonio.

—Muchas gracias, no lo necesito, Ea... cada cual à su trabajo..... Me parece tiene razon, dijo para sí, despues de limpiarse la frente con su tradicional pañuelo de yerbas; hace un calor insoportable.

Y humedeciendo nuevamente su pluma, no sin haberse asegurado de la perfeccion de sus gavilanes, se puso à perfilar la *b* de la palabra *Balance*.

### III.

D. Homobono Raiz-cúbica, limadas las operaciones de su balance, se frotó satisfecho sus arrugadas manos, y tan seguro estaba de su trabajo, que no se dignó comparar ambos resultados.

Mas detiene casualmente su vista en uno de ellos y exhala un ahogado grito. Limpia los cristales de sus gafas, se inclina, compara, palidece, su mano tiembla y un sudor frio surca todo su cuerpo.

La duda no es posible, hay una diferencia en las dos sumas, el balance es falso, existe un error y por él cometido.

La cifra 5 rs. 25 céntimos está allí como mofandose de su impericia, la vé, y se le figura que todo el edificio se desploma, que todo el pueblo está detrás de él, haciendo constar esta diferencia y murmurando à su oído—¡Has cometido un error!!

Poco à poco adquiere su habitual serenidad, dirige una tímida mirada hacia donde se halla R..... y se convence que nada ha visto, pues se halla ocupado en su tarea.

—Vamos, dice, esto será una simple distraccion; busquemos con calma: y con cierta ira reconcentrada se sumerge de nuevo en aquel piélago de guarismos y nada encuentra por mas punteos que verifica. Vuelve por no sé que vez à comenzar todos sus cálculos en varios sentidos, consiguiendo acumular irreousables pruebas de que él, el infalible, se ha engañado.

La hora de partir se aproxima y como un autómata, camina murmurando à cada paso "5 rs. 25 céntimos."

Despues de una noche fatal, llega el primero, cual de costum-

bre, á su destino, pálido, ojeroso, pero animado de una invencible energía.

—¿Qué teneis? le preguntó con cuidado R..... al verle.

—¿Yo? nada; y se esforzó en dejar escapar una sonrisa.

Y mientras que se ocupaba nuevamente en amontonar cifras sobre cifras y hojear sus cuentas, Antonio, siguiendo con la vista los movimientos de su colega, queria investigar el pesar que le dominaba.

Y nada, siempre lo mismo, siempre aquellos implacables 8 rs. 25 céntimos.

Los que tengan una ligera idea de esta clase de trabajos, comprenderán los trámites de furia é impaciencia que se operaban en nuestro D. Homobono, mucho más dado su carácter bonachou y tan práctico concedor, como se creia, de los cálculos y partida doble.

A la hora de comer apenas pudo probar bocado y pretestando, que tenia saldos que fijar, y asientos que poner al día, segun preceptúa el código (al que no faltaba un ápice) pasó gran parte de la noche en busca de aquel error que se burlaba impunemente de sus canas.

Ya no es Raiz-cúbica sinó la sombra de lo que fué; sus ojos se han hundido de una manera espantosa, y sus mofletudas mejillas han desaparecido; no tiene conciencia de sí; camina de acá para allá, bajo la impresion de su idea permanente.

Sus amigos no le conocian; en el café, donde iba todas las noches á saborear su proverbial media taza, le sometian curiosos casos de contabilidad, á los que apenas se dignaba dar su aprobacion.

Y amigos y conocidos concluian por decir en serio, lo que R..... dijo en broma:—Homobono ha decaido.... Raiz-cúbica se nos vá.

#### IV.

Once dias iban trascurridos desde que se apercibió de su falta y hasta entonces todas sus indagaciones se estrellaron ante la implacable realidad.

—D. Homobono, le interrumpió un dependiente; el gefe me ordena manifestar á V. que pase á su despacho á recibir órdenes.

Y lívido, acudió á este llamamiento, pensando que quizás en su ausencia se había descubierto lo que ante su vista tomaba las proporciones de un crimen.

El gefe le recibió con su acostumbrada afabilidad.

—Sentaos, mi buen amigo; le he llamado para participarle una noticia, pero antes es necesario que os reconvenga. No solamente

rebusais vuestro retiro, pues ya es justo que paseis el resto de la vida en el sosiego, sinó que desde hace algunos días, se atarea como si tuviese veinte años. Estimo como se merece tanto celo, pero me opongo abiertamente a que sea perjudicial á su salud, por lo cual prohibo las veladas y trabajos extraordinarios con que hasta aquí os habeis recargado.

—Está muy bien y agradezco á V. la benevolencia con que me trata.

—Ahora refiriendome á lo que le indiqué al principio, pongo en su conocimiento que entra á formar parte de nuestra sociedad un amigo á quien aprecio; será pues necesario—aunque no tengo necesidad de decirlo—que tenga sus libros mañana á nuestra disposición. No se lo he advertido antes, pues sé de positivo que los teneis siempre al corriente.

Nuestro héroe no pudo detener un movimiento de angustia y respondió balbuceando:

—Quedo enterado, mañana los presentaré, cual V. desea.

—Espero, replicó el jefe, para quien no pasó desapercibido este movimiento, que no verá en mi determinacion un acto de desconfianza, sinó una simple formalidad; hace ocho años no he revisado vuestros apuntes, pero ahora juzgo conveniente el ofrecer á nuestro nuevo asociado el que por sí mismo se asegure del estado de los negocios.

—Es muy justo, y nada he querido yo objetar.

—Por lo demás, añadió, aprovecharé esta ocasion para presentarle al cajero modelo, al *non plus ultra* de los tenedores de libros.

—¡Ah! exclamó el anciano, á quien estos elogios le ponian en un suplicio, yo no merezco, soy indigno .....

—¡Que no sois digno! Yo os tengo, no solamente como el más fiel é inteligente de mis subordinados, sinó como el amigo más sincero y consultor constante en todos mis asuntos.

Y aquel digno jefe, como se ven ya muy pocos, tendió la mano á su cajero, quien la estrechó, vaciló un instante, y con los ojos humedecidos, salió sin pronunciar una palabra mas.

—No, murmuró al volver á su puesto; ya que no tengo valor para confesar mi delito, sabré hacerme justicia: esta sociedad acaba de darme el último golpe con exigir que exhiba mis libros. Mas.... me he engañado: ya ha aparecido un error en mi vida mercantil, y aunque sé que de mí no sospecharán, no podré afrontar en el dia de mañana cualquier reproche ó maliciosa sonrisa que me dirijan.

Sonaron en este momento las seis, é hizo conducir el libro mayor á su domicilio, á donde se dirigió, no sin antes echar tristes miradas, á todos aquellos objetos que juzgaba no volver á ver mas.

A su llegada adopta un aire indiferente, carga con alguna

lentitud una pistola, que se hallaba sobre su mesa y apoyandola en su frente murmura una vez más las fatídicas palabras: «¡5 rs. 25 céntimos!»

## V.

—¡Ah! D. Homobono; se oyó exclamar en la escalera al alegre Antonio; esta vez no me negareis que os cojo en fragante delito de sueño, dijo al entrar.

Al oír aquella voz tan conocida, ocultó rápidamente el arma y permaneció con la mirada hosca, la frente sudorosa y tambaleandose como un hombre completamente ébrio.

—¿Qué sucede? ¿Está V. malo? prorrumpió el jóven, asustado al ver la figura descompuesta del pobre cajero; por mas que no lo quiera V. revelar, no puede negarme que algun pesar oculto le mortifica.

El anciano se pasó la mano por su frente, se mesó con rabia sus escasos cabellos, é hizo señal á R..... que no se inquietase.

Repentinamente, se arrojó sobre el libro mayor abierto ante él é hizo á Antonio que se fijase para repasar ambos aquella suma, objeto único de la desesperacion que experimentaba.

Cinco minutos serian apenas trascurridos cuando nuestro contador exhaló un grito de triunfo.

El balance estaba justo, no existía error alguno; era que en medio de esas alucinaciones que con frecuencia ofuscan nuestro pensamiento y efecto de los muchos años y debilidad natural, habia cambiado el orden de los números y siempre con su maldita idea fija, todas las veces que comprobaba aquella suma fijaba 3 donde debía ser 5 y viceversa.

—Esto aparece exacto, dijo R..... y en verdad que podeis jactaros de haberme dado un susto mayúsculo..... siento haberle interrumpido tan bruscamente en su tarea.

—¡Haberme interrumpido! de ningun modo, exclamó con efusion. Y volviendo á ser el Raiz-cúbica de otros dias.

—Antonio, repuso, quiero darte mañana una prueba del afecto que te profeso, para lo cual quisiera que me acompañases á la mesa.

—Me consideraré muy honrado y asistiré con sumo gusto, pero con la condicion que hareis frecuentes libaciones á Baco, con objeto de no veros tan cariacontecido.

—Accedo pues, pero será la primera y última vez de mi vida.

## VI.

Al inmediato dia se vió á D. Homobono encaminarse al escrito-

rio del jefe de la sociedad; estuvo conversando con él gran rato, al cabo del cual salió murmurando algo taciturno:—Era preciso; lo que me ha ocurrido era un aviso preventivo para dar el paso que he dado.

A las seis de la tarde se hallaban à la mesa Antonio R..... y el Sr. Raiz-cúbica.

Llegados los postres, tomó este último la palabra con aquel aire grave y solemne que sólo adoptaba en ciertas ocasiones.

—Mi joven amigo y querido compañero, te prometí una buena noticia y héla aquí: como quiera que con mi maldita equivocacion no me hallo con valor para proseguir mis faenas, he presentado esta mañana mi dimision; à mis indicaciones nuestro digno principal ha tenido à bien designarte para que me reemplaces. Mañana, pues, te presentaré à los demas compañeros, en calidad de primer cajero y tenedor de la sociedad M... S... y Compañía.

—¡Ah, señor! prorrumpió el joven estrechando las manos de aquel buen viejo; no encuentro frases para expresar mi agradecimiento; jamás me perdonaré las estúpidas chanzas y necedades que continuamente he dirigido à V.

—Yo te las perdono con una condicion, y es que cuando yo vaya al escritorio à verte de cuando en cuando, me permitas sentar, à tu preseucia; algunos números en el libro mayor.

F. CÁCERES PLÁ.

## GULA.

Cifra el bravo general  
 En la pericia, su gloria:  
 El escritor, en la historia;  
 La banca en su capital.  
 Pero hay un feliz mortal  
 Cuya pasion desmedida  
 Le hace cifrar alma y vida  
 En un solo pensamiento....  
 En el sabroso alimento  
 Que à su apetito convida.

¡Miradle...! ni del carmin  
 Son los matices más rojos,  
 Que sus inyectados ojos  
 En la mesa del festin.  
 No encuentra su gula fin  
 Mientras hay que devorar;  
 Y un manjar y otro manjar  
 Entre sus dientes tritura,  
 Que antes que darse en hartura  
 Le es mas fácil reventar.

Saturado, corre en pos  
 De otra nueva comilona:  
 Es un hombre que blasona  
 De hacer el honor á dos;  
 Y aun á tres, pues ¡vive Dios!  
 Que los más negros pesares  
 Los duelos y los azares  
 Los admite resignado....  
 Entre bocado y bocado  
 De succulentos manjares.

El vicio de esa pasion  
 Que al *gastrónomo* domina,  
 Le consume, le asesina,  
 Le embrutece la razon:  
 Del humano corazon  
 Los nobles instintos lanza;  
 El espiritu no alcanza  
 El fin puro de su esencia,  
 Si no le dá á su existencia  
 Contra la *gula*, *templanza*.

J. M. PUCHE.

### ¿QUÉ ES AMOR?

¡Amor! singular locura  
 Que parte del corazon:  
 Contradictoria razon  
 De toda humana criatura.  
 Luz que de lejos fulgura,  
 Pero que nunca se alcanza;  
 Enfermedad de esperanza  
 Sin esperanza de cura....



¡Amor! horrible tortura,  
 Deleitoso padecer,  
 Tan innato à nuestro ser,  
 Como es al ser la criatura:  
 Mezcla extraña, singular,  
 De dicha y padecimiento:  
 Necesario sentimiento  
 Para sufrir y gozar.....

¡Amor!... Existe en verdad,  
 Mas el padecer le ahoga;  
 Es débil bajel que voga  
 Del caos en la inmensidad.  
 Bajel débil, pero fuerte  
 Cual ninguno en su derrota  
 Desde que la vida brota  
 A las puertas de la muerte.

LUIS TARZEŃZKY DE LIPA.

## DERECHO INTERNACIONAL. (1)

¿Existe el Derecho internacional? No es ociosa esta pregunta, si dirigiendo la vista à las edades pasadas y reflexionando sobre la situacion presente del mundo, se agolpan à la imaginacion las injusticias sociales, que forman el tejido de la historia de todos los tiempos. Ese mar de lágrimas y de sangre, con que ha amasado la humanidad su destino; ese aterrador fantasma, necesidad horrible de los siglos, que se llama *la guerra*, que cada dia está mas lejos de desaparecer, y donde vienen à resolverse siempre en última instancia los grandes problemas, que la humanidad persigue en el curso de su laboriosa existencia; esa constante apelacion, de la fuerza contra el derecho, que se erigió en máxima de conducta entre los antiguos, y à la cual se recurre con frecuencia, toda vez que el miedo de otra fuerza mayor no impida practicarla; todos los fenómenos, en fin, que observamos en las relaciones internacionales, han influido en el ánimo de muchos para negar al Derecho internacional la ca-

(1) Véase el número 66 de esta Revista.

tegoría de verdadera ciencia, que produziese resultados en la vida social, y que tuviese una eficaz sancion para su realizacion práctica. ¡Cuántos no miran con desden este pretendido derecho, creyendo que fluctua y fluctuará siempre entre los abusos de la fuerza y las cábalas de la diplomacia!

¿No es la guerra la negacion de todo derecho? ¿No se deja al tribunal de las armas la solucion de los conflictos de la justicia? ¿Y el vencedor, aunque la razon no le abone, podrá prescindir en la embriaguez de la victoria, de imponer sus decisiones al vencido? Por duras que sean las condiciones del triunfo, ¿quién podrá oponerse á su cumplimiento? Nada ha alarmado tanto á la Europa y la alarma como el desmembramiento de territorios y la rectificacion de fronteras; el equilibrio europeo tiene puntos de apoyo muy frágiles, y es preciso conservarlo á toda costa. Esto hace cada dia mas complicada la cuestion de Oriente y cada nacionalidad ha mirado con recelo siempre el engrandecimiento de las otras en cuanto podia perjudicar á su propio engrandecimiento. Y sin embargo, la Europa ha visto cruzada de brazos en la última guerra franco-prusiana el desmembramiento de la nacion francesa y la pérdida de dos de sus mejores provincias. ¿Acaso el desastre de Sedan no autorizaba para todo? Fueran estas ó las otras exigencias del derecho, ¿qué podía hacerse contra la solemne y decisiva solucion de la fuerza?

Refierese que Antígono el Viejo hizo burla de un hombre que le ofreció un comentario sobre la justicia en el momento de estar sitiando una ciudad. Pompeyo decía: «¿Es posible pensar en las leyes entre el estruendo de las armas? Y Mario confesaba, que con los ardores del combate no se puede pensar ni escuchar las prescripciones de las leyes.

A pesar de estos testimonios, comprendiendo nosotros todas las dificultades, que en la vida social se han ofrecido y ofrecen á la realizacion del Derecho internacional, tenemos la conviccion de su existencia; y seria preciso negar la intervencion de la Providencia en el mundo, para cerrar los ojos á la luz de la razon y de la historia que así lo demuestran de consuno.

Los pueblos como los individuos estan sujetos á condiciones de existencia, sin cuyo auxilio desfallecen y mueren. El cuerpo necesita el alimento cotidiano, y se apropia del medio en que vive los elementos necesarios á su subsistencia; el alma, busca con afan la verdad y el bien, que son el alimento del espíritu: el hombre social busca desde sus primeros pasos el derecho que garantiza su personalidad y sus intereses. ¿Puede creerse que los pueblos vivan perpetuamente sujetos á su capricho sin otra ley ni freno que el impulso de sus pasiones ó su conveniencia?

Para que las relaciones internacionales sean objeto del derecho solo es preciso que tengan carácter jurídico, de tal modo que por su naturaleza sean susceptibles de una sancion eficaz; y no habiendo

esencial diferencia entre las relaciones de los pueblos y las de los individuos, la posibilidad de esta sancion no puede desconocerse. Seria un insensato el que tratase de demostrar que el derecho civil es una utopia, porque hubo un tiempo en el mundo la anarquia feudal.

Las naciones son seres morales que en nada se oponen á la existencia y cumplimiento del derecho en ellas; en el terreno de la ciencia son personas juridicas que llevan en sus propias determinaciones la necesidad del derecho. Como sus relaciones y circunstancias son más complejas, la dificultad es más grave, pero no por eso es insoluble. ¿Cuántos siglos han pasado para que el derecho penal no sea una venganza ú una crueldad horrible y formulado en principios científicos, sea á la vez que una sancion social un medio regenerador para el culpable? Y aun en esto, todavia queda mucho por hacer.

El derecho es la vida, ha dicho un autor célebre. La moral y el derecho son dos círculos concéntricos que se desarrollan en un mismo plano. El hombre social no puede vivir sin el derecho, como la conciencia no puede existir sin los fundamentales principios de la moralidad. Componiendose las naciones de individuos, forman entre sí un organismo que tiene derecho á moverse entre los otros con relativa autonomia é independencia, á la manera que en el concierto de los mundos los astros recorren sus órbitas relacionadas entre sí sin confundirse ni embarazarse en su camino.

Hay otra razon además deducida de la íntima esencia de las nacionalidades, y que es decisiva, respecto á la existencia del Derecho internacional. El derecho es esencialmente uno, como todos los principios fundamentales: sus aplicaciones son determinadas por las diversas necesidades de la vida, para garantir á la personalidad en todas sus manifestaciones. La existencia de diversos pueblos supone un lazo de union que ayude al cumplimiento de la justicia, y aun es esto mas necesario en los pueblos que en los individuos, por cuanto sus relaciones son mas complejas y mas funestas las consecuencias de una perturbacion. Ahora bien: este lazo de union, no es ni puede ser otro, que el derecho. De la misma manera que las necesidades del individuo reclaman el derecho civil, su seguridad el derecho penal, su condicion social el derecho público, así la existencia de los pueblos, reclama el derecho internacional. Las naciones, dice un distinguido publicista, tienen igualmente su individualidad: es tan sagrada como la de los hombres: ambas proceden de Dios.

Los escollos y caidas con que tropiezan las ideas en el calvario de su desarrollo y perfeccionamiento; las injusticias que parecen haber tomado carta de naturaleza en el seno de las sociedades: los abusos de la fuerza que tantas veces han retardado el cumplimiento de los fines juridicos, serán á lo sumo, razones que demuestren la imperfeccion humana y la constante lucha á que

está perpetuamente condenada en el camino de su perfeccionamiento; pero nunca de ellas podrá deducirse que la verdad y la justicia no se abrirán camino, y que no brillará algún día esplendoroso el sol de la ciencia en las relaciones de los pueblos.

En medio de los cataclismos sociales de todas las épocas, que han cubierto de sangre y de ruinas la tierra: en medio del silbido de las flechas y de las balas y el estruendo de las armas y la metralla, que han llevado la desolacion y el esterminio, sepultando en inmenso monte de escombros á paises un dia florecientes, siempre ha brillado como el sol despues de la tempestad la idea luminosa de las nacionalidades, el pensamiento característico la unidad. Por ella, pelearon los griegos en Maraton y Salamina: por ella, los romanos lucharon en Sicilia y en la Gallia Cisalpina contra el poder temible de Cartago: por ella derramó su sangre en Francia Juana de Arco, para librar á su patria del yugò de los ingleses: ella sostuvo con encarnizamiento en la Edad media las continuadas luchas del pontificado y el imperio. Ante el altar sagrado de la nacionalidad y de la patria, se inmolaron nuestros padres en Covadonga y en Granada, en Pavla y en Bailen, en Zaragoza y en Gerona. Animado de este característico pensamiento de unidad, atravesò el Bósforo Alejandro; abrevó sus caballos en el Oxus y en el Indo, y soñò la union de la Europa con el Asia en solemnes y permanentes nupcias, pretendiendo levantar sobre las ruinas de Persépolis en las inmensas llanuras del Asia la capital de su nuevo imperio. Este mismo sentimiento de unidad llevó á Cesar á pasar el Rubicon; animó su espíritu desde las Galias hasta Munda y quizás bullía en su mente en el instante mismo de caer herido por el puñal de Bruto ante la estatua de Pompeyo. Por esta idea, despues de la catástrofe inmensa que conmovió los cimientos de la Francia, brillò para Napoleon esplendoroso el sol de Austerlitz y de Marengo, y aun acarició sus sueños de gloria en la desierta roca de Santa Elena. Por esta idea, en fin, por este espíritu de las nacionalidades luchó por su independecia la virgen América: ella ha inspirado á los italianos en la laborioso formacion de su unidad: ella ha sido, la consecuencia mas trascendental, del triunfo conseguido por Prusia en los últimos tiempos.

Ahora bien; la idea de las nacionalidades y la tendencia progresiva de los pueblos hacia la unidad es el principio fundamental y primero, el mas absoluto y necesario del Derecho internacional. Y por mas que la historia nos presente tristisimas pruebas de los abusos de la fuerza con que tantas veces se ha entorpecido el cumplimiento de aquel derecho, no es posible desconocer la irrecusable evidencia que se desprende de los hechos antes citados y que han surgido espontáneos y decisivos en medio de las pequeñas miserias y de los grandes cataclismos.

El principio de las nacionalidades adquiere cada día mayor importancia y progresivo perfeccionamiento: el hecho de las relaciones internacionales es cada día más palpable y tiende á prevenir los abusos de la fuerza, por más que el interés y la malicia presenten también ahora como siempre gravísimos obstáculos: la aspiración por último hacia la unidad es el resorte poderoso que ha movido siempre y mueve los organismos sociales.

Con estos elementos, basta para constituir el Derecho internacional; su desarrollo y su gran influencia prueban que aquel derecho existe y que no es como han pretendido algunos un sueño de los utopistas; y preciso es confesar, que en ninguna época como en la presente es menos lícito dudar de la influencia y prevenir de este derecho, aun cuando, no habiendo nada nuevo bajo del sol, como dice el sabio, surjan en el momento histórico que atravesamos, del mismo modo que en todas las edades de la vida humana, obstáculos que son el escándalo de los débiles, el desaliento de los indolentes, pero á la vez la piedra de toque de los fuertes y la señal de combate de los que tienen fé en el porvenir.

(Se continuará).

A. G.

## FABULA.

### EL GATO Y EL GILGUERO.

Escapóse un gilguero  
De la jàula en que estaba prisionero,  
En ocasion que un gato lo acechaba,  
Para almorzar con él si lo atrapaba.  
Conoció la avecilla por su suerte  
Que el gato solo pretendia su muerte,  
Y por salir de trance tan pesado,  
Alzando el vuelo se marchó á un tejado.  
Quedóse el gato murmurando solo,  
«Yo me tuve la culpa, fui un bolo,  
»Que bien pude cazarte dando un salto,  
»Antes que te subieras ahí tan alto.»  
Lo que al gato ocurrió frecuentemente  
Le sucede en el mundo á mucha gente,  
Que no logra su intento y esto es bajo,  
Por no hacer de su parte algun trabajo.

B. MELLADO.

## REVISTA DE LIBROS

*Pisonomias contemporáneas.*—Curiosa colección de apuntes dignos de estudio, por JOSE SELGAS. (1)

Un libro de Selgas es siempre un festín para la inteligencia. El que vamos á desflorar es algo más que eso. A pesar de la modestia de su nombre de bautismo, hay en él cuadros trazados con vigorosos rasgos de pincel. Selgas se ha lanzado resueltamente á la arena del mundo y de la ciencia, y con brazo nervioso, armado de sutil florete, ha derribado gigantes provistos con todos los instrumentos de guerra de los modernos arsenales.

El espectáculo es curioso y lleno de atractivos. Los corpulentos mantenedores de la sandez contemporánea van mordiendo sucesivamente el polvo, quién de una sutil estocada, quién de un capirotazo, quién de un silbido, quién de una simple mueca. El autor no gusta de los combates ruidosos: antes de despachar al adversario lo mira de arriba á abajo con aire burlesco, da ligeramente algunas vueltas en torno suyo hasta averiguar dónde tiene el flaco, la viscera esencial: su vista penetrante no tarda en descubrirla, y lo remata de una, que es siempre buena, porque no va nunca dirigida al bulto, sino al punto débil, á la entraña vital.

No es nuestro ánimo hacer un análisis del libro del Sr. Selgas. Los que quieran conocerlo que lo compren, en la seguridad de que pocas veces habrán empleado mejor su dinero. Analizar un libro de Selgas es endiablada tarea, porque todo lo que ocurre decir de él lo dice el autor muchísimo mejor, y además, la movilidad de su ingenio es tal, que para seguir la intrincada y sutil trabazón de sus razonamientos, se necesita ser él, ó por lo menos ser gemelo suyo, y si lo uno es imposible, lo otro es sumamente difícil, porque no hemos concido entendimiento que tenga un sello de originalidad más marcado.

El estilo de Selgas ha sido, sin embargo, muy imitado, pero como los chinos han imitado el buque de vapor. Se han apropiado los copistas la forma externa, esto es, los aparejos, las ruedas, la chimenea, y hasta el humo; pero falta el motor, esto es la fuerza

(1) Con mucho gusto copiamos este precioso artículo de la excelente revista "La Ciencia cristiana". Siendo el Sr. Selgas nuestro compañero de redacción, todo cuanto nosotros dijéramos sería pálido y aun cuando es indisputable el talento del ilustre escritor, podría parecer hijo del cariño y la amistad que le profesamos. Por eso hemos preferido á decir nada por nuestra cuenta, la inserción de este notable trabajo, que es el reflejo de nuestros sentimientos, y cuyo cambio han de agradecernos nuestros lectores.

impulsiva interior. El horror que tiene Selgas á lo hinchado y á lo pretencioso, le ha hecho adoptar maneras familiares y ligeras, que el plagio ha cogido al vuelo, creyendo coger su estilo; pero el estilo es el hombre, y Selgas continúa siendo exclusivo dueño del suyo. Aunque para hablar se mete á veces las manos en los bolsillos ó lia sonriéndose un cigarrillo de papel, lo que dice es siempre agudo, original, y no pocas veces profundo. Su frase retzona juega con las cosas serias, pero no para prostituir las y alterarlas, sino para hacer brotar de ellas chispas de luz.

En el libro que tenemos á la vista hay capítulos que no dudamos en calificar de admirables. Conocíamos algunos de ellos, que han obtenido las primicias de la publicidad en *El Siglo Futuro*; pero al volverlos á leer hemos sentido como remordimiento de no haberlos apreciado en la primera lectura en todo su valor. El gran mundo y la ciencia moderna son dos estudios que por el fondo y por la forma deben ocupar un lugar preferente entre las producciones del autor. El estilo es conciso, disertado, convencido é impregnado de un tinte de irónica melancolía que deleita y entristece á la vez. Parece imposible que el ingenio que desflora con tanta gracia todas las futilidades sociales, posea al mismo tiempo la mirada incisiva y penetrante con que pone al descubierto los errores y los vicios esenciales de la vida contemporánea. En estas páginas llenas de vida, parece que se ve luchar la agudeza ingénita y original de su entendimiento con la grave y trascendental seriedad del asunto: el chiste es contenido, la sonrisa triste, y las puntas epigramáticas salen mojadas con lágrimas. En algunos momentos se le ve vencido y sofocado por la emoción, como cuando despues de haber sondeado los espantosos delirios de la moderna filosofía, prorrumpe en estas frases desconsoladas:

«Aquí me detengo absorto, aprimido por el peso de una impresión dolorosa; siento mi razón llena de angustia, de una angustia indecible, y puedo asegurar que me duele el alma.»

Antes de examinar en otro capítulo las investigaciones y descubrimientos de la nueva ciencia acerca del alma humana, se detiene para cobrar fuerzas, y exclama desalentado:

«Esta tarea me causa, me angustia, me aflige, y dejo la pluma embargado el ánimo por el desconsuelo y la tristeza.»

«¡Justicia divina!—dice en otro lugar con viril elocuencia—¡con qué claridad resplandeces hasta en la tenebrosa ciencia de los impíos!

«Sus espantosas negaciones son el testimonio más auténtico de tu eternidad y de tu gloria.»

Hemos copiado á designio estas frases, que ponen de manifiesto el tono general y el orden de ideas del nuevo libro de Selgas, y que marcan una etapa importante en el curso de su vida intelectual. Podrán los pedantes que hoy se engalanan con el título

de sábios, y cuyo entendimiento, como dice discretísimamente el autor, «no es una biblioteca, es más bien una cartera llena de apuntes en abreviatura que contiene medias ideas, medias frases, medias palabras; un cajón de sastre donde se encuentran retales, recortes de todos los errores,» acusarle de poco científico. La verdad es que Selgas los ha estudiado á fondo, y que su mirada intuitiva ha penetrado hasta en los pliegues más recónditos de su espantosa nulidad. Cuando con implacable y sutil escalpelo los expone abiertos de arriba á abajo en el público anfiteatro, se participa de la incertidumbre, en la cual se ve que fluctúa siempre el espíritu del autor: no se sabe si reirse ó indignarse: si por un lado la increíble necesidad de las nuevas teorías despierta la risa, sofoca, por otro, la consideración de los horribles estragos que causan en los entendimientos incultos.

Selgas llama á su obra «Curiosa colección de apuntes dignos de estudio,» quizá porque no cree que tiene la unidad y el complemento de detalles que necesita un libro. Selgas conoce su flaco: es un espíritu vagabundo y caprichoso, que no sabe someterse á la disciplina de las amplificaciones vulgares, y que como la abeja de las flores, solo quiere extraer de las ideas el jugo vital. Posee lo que rara vez se aprende, el talento intuitivo de las cosas: su laboratorio solo produce esencias concentradas; pero un libro exige además procedimientos de exposición, de método, y hasta de relleno, que se avienen mal con la independencia un poco salvaje de este génio singular. Acaso tienen también su parte en esta imperfección relativa, las exigencias de una producción apresurada. Sabido es que Selgas, inspirado por móviles que le enaltecen, ha desdeñado desde hace muchos años los regalos de la vida oficial, y vive exclusivamente de los productos de su inteligencia. Para quien se ha consagrado á la nobilísima tarea de contrariar las pasiones dominantes, la empresa tiene algo de titánica, y no hay que extrañar que á ratos las duras necesidades de la vida le obliguen á sacrificar á la prontitud los complementos de la última mano.

Como quiera que sea, el libro que nos ocupamos abunda en rasgos de ingenio peregrinos, en pinturas trazadas con buril magistral, y en filigranas de estilo inimitables.

No conocemos ningún otro de Selgas más digno de ser admirado. La sátira es fina y penetrante, el pincel delicado, la moralidad altísima. Las *Fisonomías Contemporáneas* deben figurar en la librería de toda persona que estime todavía el arte de bien decir y de bien pensar.

C. SUAREZ BRAVO.

---